

festival de
música contemporánea (II)

El segundo concierto sinfónico que componía el programa del Festival de la SIMC —habíamos en el trabajo anterior de los otros dos anteriores— corría a cargo de la Orquesta Nacional, dirigida por su titular, Rafael Fröhbeck, quien con su perfección habitual sirvió a las obras, nada fáciles, que componían el programa. Comenzaba éste con «Eufonia 6», de Rudolf Maros, húngaro. Maros intenta un universo mixto entre la armonía tradicional y las actuales concepciones sonoras, lo que evidentemente no se puede lograr. El resultado es una obra híbrida aunque a ratos de un interés innegable en cuanto a la timbrica. Segue Ake Hermanson, sueco, con su obra «In nuce», realmente sugerente por la novedad de sus resultados, aunque un tanto anárquica. Una materia sin especificar, en estado bruto, parecía ser el centro de su ideación musical. Con ella el autor hace una obra de una gran plasticidad, pero posiblemente no demasiado clara en cuanto a resultados. Arlbert Reimann, alemán, con la soprano Elisabeth Grümmer, hacía oír sus «Hölderlin Fragmenten», en la que como de costumbre en su autor, se intenta un punto de equilibrio entre un neoromanticismo y determinados procedimientos de escritura actual, dando por resultado una obra comprometida en exceso con mundos expresivos totalmente desaparecidos, para bien o para mal. El compositor polaco Andrzej Dobrowolski, conocido ya entre nosotros por sus excelentes trabajos en música electrónica —de entre los más notables que se hayan realizado en ese terreno—, presentaba su «Muxyka na orkiestre», obra realmente lograda y equilibrada. La belleza de sus timbres, con un verdadero sentido funcional, su mundo expresivo actualísimo y su forma equilibrada la convierten en una de las más notables entre las escuchadas en este Festival.

El «Concierto para violín y orquesta» de Alban Berg que seguía en el programa se tocaba entre otras razones por algunas claramente sentimentales: su estreno mundial tuvo lugar en Barcelona en el curso del anterior Festival de la SIMC celebrado en España, o sea, en 1934. En esta ocasión esta obra —ya clásica y hermosísima— alcanzó una excelente versión gracias al trabajo espléndido de Agustín León Ara, violín y su acompañante, Rafael Fröhbeck.

Terminaba el programa las «Secuencias» de Cristóbal Halffter, dirigidas por su autor. Es obra ya oída otras veces, pero que pese a ello en cada audición depara nuevas sorpresas por su complejidad e importancia. Sin duda, cuenta entre las más logradas de su autor y como tal fue apreciada por el público. El segundo concierto de cámara, dirigido por José María Franco Gil comenzaba por una vacía «Música para quinteto de metales» de Gunther Schuller, americano, obra totalmente inútil y sin el más pequeño interés. Contrariamente, la obra de Camillo Togni, italiano, que le seguía, «Rondeaux per dieci», cantada admirablemente por Ana María Higueras, era un prodigio de transparencia, perfección y lirismo. Togni cuenta, sin duda, entre los más notables compositores italianos del día, aunque su nombre no sea de los más frecuentados en los programas, nadie sabe muy bien por qué. Peter Kolman, checoslovaco, hacía oír su «Sonata Canónica», para dos clarinetes, obra aún demasiado estricta dentro de su forma serial. Un incidente desgraciado —la súbita enfermedad de un violoncello— obligó a trastocar el orden previsto para los conciertos sucesivos. Sin embargo nosotros, en aras de la claridad, seguiremos el primitivamente fijado. Así pues, la obra de Jörg Wyttenbach, de Suiza, «Divisions», será la siguiente que nos ocupe. Se trata de una cuidada realización actual de una idea antigua —la de las «set of divisions» de los músicos ingleses del XVII—, pero sin nada de arcaizante, sino tomada como base general. Shin-ichi Matsushita, japonés, hacía oír su «Fresque sonore pour 7 instruments», obra con momentos bellos, pero demasiado personal dentro de los medios actuales de expresión. El holandés Ton de Kruyf presentaba su «Einst dem Grau», teniendo como solista a la mezzosoprano Heana Melita. Obra lírica, entrocada claramente con la tradición weberniana, quizá quede perjudicada por su excesiva longitud. Noshm Sheriff, de Israel, dio a conocer su «Destination 5», obra evidentemente humorística, una suerte de toccata para percusión y metal, más virtuosística que consistente.

A este concierto seguía el Extraordinario de Música Española, a cargo de nuevo de la Orquesta Nacional y su titular Rafael Fröhbeck. Este concierto, no propiamente de la SIMC, sino ofrecido por la Sección Española de ésta a los asistentes extranjeros, estaba compuesto por obras de García Abril, Espá, Rodrigo, Ernesto Halffter y Montsalvatge, todas ellas conocidas, salvo la de García Abril, quien presentaba una nueva versión de su «Homenaje a Miguel Hernández», esta vez para orquesta. La obra gana en eficacia y claridad en su nueva versión, al mismo tiempo que apunta a universos más atrevidos que los usualmente frecuentados por su autor.

El tercer concierto sinfónico, dirigido por Odón Alonso, al frente de la Orquesta de la Radio y Televisión, comenzaba con una obra del sueco Bo Nilsson: «Escena II», obra sugerente, transparente y, como casi siempre en su autor, un tanto decorativa aunque evidenciando una imaginación siempre viva. El noruego Arne Nordheim presentaba su «Epi-taffio per orchestra e nastro magnetico», obra bella y de un paletismo muy nórdico, dentro de una clara influencia de Ligeti. Kazimierz Serocki, polaco, seguía con sus «Freski symfoniczne», composición poderosa y temperamental, de acuerdo con la personalidad de su autor, evidentemente emocional más que reflexiva, aunque siempre controladísima en cuanto a resultados. La segunda parte del programa estaba compuesta por clásicos del siglo XX: la «Sinfonia op. 21» de Webern, el «Abraham and Isaac», de Strávlinsky y «Un superviviente de Varsovia», de Schoenberg. Sólo hablaremos de la segunda de estas obras, ya que las otras dos pertenecen al repertorio usual del actual siglo. No así la de Strávlinsky, recién estrenada. La obra merecería el espacio de un artículo entero, si pensamos en la inmensa personalidad de su autor, aunque si nos atenemos a su interés concreto, apenas si podríamos hacer otra cosa que subrayar su total falta de vida, su grisura, su repetición constante de los mismos procedimientos. Vaya nuestro respeto y admiración por el músico genial, pero confesamos nuestra decepción frente a esta obra, posiblemente interpretada de forma insegura por esa falta de ensayos que es obsesiva en todos los Festivales.

Restáanos tan sólo el último concierto, que lo fue de cámara y dirigido por Enrique García Asensio. Lo dejaremos para el próximo trabajo, en el que conjuntamente examinaremos la significación y la importancia que para la vida cultural española en general y musical ha tenido este Festival, sin duda de entre los más notables que España ha visto en los últimos tiempos.

LUIS DE PABLO



elegancia en la intimidad con...



las prendas de calidad y
diseño actualísimos:

Sinfonia